



## Culturas sin culturalismos: una versión compartida sobre la *episteme* antropológica

Elena Vaquerizo Gómez<sup>1</sup>

CÁTEDRA, María y DEVILLARD, Marie José. (eds.). 2014. *Saberes culturales. Homenaje a José Luis García García*. Barcelona: Bellaterra.

La obra *Saberes culturales*, producto del esfuerzo de María Cátedra y Marie José Devillard como editoras y de otros veintitrés autores, no se reduce a una recopilación de textos antropológicos. No lo es por dos motivos. Primero, porque este libro constituye un homenaje al extraordinario y reputado antropólogo José Luis García García. Y, segundo, debido a que puede contemplarse como un reconocimiento a la unidad de la antropología en tanto disciplina. Ambos aspectos repercuten en la singularidad del libro, que contrasta, por un lado, con los homenajes de tipo biográfico y, por otro, con la tendencia actual más habitual a las compilaciones más específicas encuadradas en subdisciplinas o en temáticas muy concretas.

Las contribuciones de los autores se agrupan en cuatro partes diferenciadas. La primera, “Enseñanzas plurales”, es la que coge de manera más directa el testigo del homenajeado, haciendo explícito el legado dejado por él. Cabe destacar el trabajo de Devillard, quien realiza una reconstrucción general de los aspectos epistemológicos, teóricos y temáticos que han ido estructurando la obra de José Luis García, pero que distan de ser idiosincrásicos al constituir signos del hacer etnográfico de calidad. Por su parte, García Castaño se ocupa de desgranar el concepto de cultura manejado por José Luis García —el de organización de la diversidad— y de mostrar la unidad disciplinaria a la que me refería antes al priorizar la labor antropológica —transversal a la disciplina— de interpretación de la cultura sobre los contenidos teóricos o temáticos que sustentarían distintos subcampos o antropologías con apellidos. En la segunda parte las contribuciones se centran en la cognición y el lenguaje, desde ángulos dispares. Así, encontramos, entre otras, una teorización sobre la eficacia social del parentesco ficticio (Fernández), una reflexión crítica sobre el uso analítico y etnográfico de los etnónimos (Díaz), así como análisis sobre políticas lingüísticas a partir del enfoque de sus condiciones de producción y las relaciones de poder asociadas (Franzé, Castillo).

La tercera parte aborda la controvertida cuestión del patrimonio. Se aprecian distintas sensibilidades respecto a esta temática entre los que, por un lado, tienen como objetivo poner en valor el patrimonio (el inmaterial, Gondar; el etnológico, Prats) y los que, por otro lado, enfatizan un análisis crítico de los procesos de

<sup>1</sup> Universidad Complutense de Madrid  
elenavaquerizo@ucm.es

patrimonialización llevados a cabo por las instituciones políticas (el flamenco, Barañano e Iglesias; la dieta mediterránea, Álvarez). Finalmente, la cuarta parte se refiere a las “Etnografías de los saberes”, aludiendo a procesos de conocimientos que, sin embargo, no necesariamente son abordados desde una óptica cognitivista. Así, Cátedra aborda diversas representaciones de la ciudad en distintos momentos históricos desde una perspectiva simbólica, sin obviar su relación con la dimensión política. Además, encontramos contribuciones focalizadas en saberes de tipo “popular” —en tanto no formalizados o sistematizados en cuanto tales—, como los vaticinios mayas del fin del mundo (Prat) o la práctica ritual del Corpus en Naves, Asturias (Herrero); junto a estudios etnográficos de las “culturas del trabajo”, ya sea de saberes técnicos-ingenieros (Freitas), ya sea de los astilleros (Vega).

No obstante, esa cohesión temática interior a cada una de las cuatro partes es trascendida por una unidad mayor que se teje a través de los distintos capítulos. A saber, el ya sugerido consenso relativo sobre el quehacer antropológico, así como el reconocimiento —implícita o explícitamente— del concepto de cultura como central en la disciplina. Aunque pueda parecer obvio que una obra compuesta de trabajos antropológicos esté dotada de dicha unidad —debido en parte a los *habitus* compartidos por los profesionales que a ella se dedican—, sin embargo no resulta meramente anecdótico que un libro que tematiza los “saberes culturales” —en su doble aspecto de objetos de conocimiento y de herramientas de conocimiento— no desemboque en una perspectiva reduccionistamente culturalista. Al contrario, los distintos trabajos contenidos en la compilación van mostrando las potencialidades de una antropología en la que una de las principales —si no la principal— herramienta analítica, la cultura, es comprendida de manera dinámica, procesual, variable, pero también relativamente permanente —por consensuada— y, además, sin aislarla para interpretarla de otras dimensiones relevantes —la política, la economía, lo social... En este sentido, es un libro plenamente contemporáneo que refleja los cambios acontecidos en la antropología en las últimas décadas.

Por ello, junto a la síntesis fiel a las cuatro partes temáticas que he realizado más arriba, considero oportuno discurrir sobre la obra desde un ángulo más focalizado en las potencialidades de la antropología, más allá de las diversas temáticas, tal y como sugiere una lectura transversal del libro.

Como condición previa —en orden lógico, que no cronológico— de cualquier disciplina se impone una reflexión sobre los presupuestos epistemológicos que la fundamentan, así como sobre el proceso de producción de conocimiento. Esto resulta imprescindible en cualquier ciencia, pero adquiere cierta singularidad en el enfoque antropológico en general y el etnográfico en particular, ya que cobran especial importancia el combate contra el etnocentrismo, la vigilancia de las prenaciones o la reflexividad durante todo el proceso de conocimiento. En sus diferentes textos, Devillard, Córdoba, Sánchez, Díaz y González han realizado especial hincapié en algunas de estas cuestiones epistemológicas.

Pero, sin duda, una de las categorías que urge depurar de prenaciones y vigilar continuamente su uso analítico es el de “cultura”, dada su centralidad en la disciplina antropológica —tal y como es entendida en este libro. El etnógrafo debería desarraigar el concepto de cultura de sus semantizaciones realizadas desde el sentido común o desde los juegos del lenguaje extra-académicos en aras a utilizarla como una categoría analítica; o bien, si lo asume como objeto de estudio, puede indagar sus efectivos significados manejados por los actores sociales cuando el uso de la “cultura”

configura un objeto en juego. Pero siempre debería disponer de una concepción de cultura que le sirva como herramienta analítica para la interpretación. García Castaño nos recuerda cómo el propio José Luis hizo suya, matizándola y completándola, la definición de Wallace de la cultura como organización de la diversidad. Dada la centralidad y transversalidad del concepto en la antropología, se echa de menos su formulación explícita por parte de cada autor; esto constituye, a mi juicio, una pequeña debilidad de la compilación, pero que sería extrapolable a otras producciones de distinta índole. Debilidad porque opaca posibles debates derivados de diferentes comprensiones y usos de la categoría analítica de cultura; pero pequeña porque nos encontramos en un momento histórico en el que la disciplina —aún con sus recientes transformaciones— parece estar ya (re)construida a partir de cierto consenso con respecto a sus pecados capitales. Entre ellos cabría mencionar —sin ánimo de agotar el listado— el etnocentrismo, el uso de categorías estáticas, la reproducción acrítica de dualismos, las reificaciones de la realidad, la secundarización de los agentes sociales u obviar la diversidad intragrupal por enfatizar la diversidad intergrupala.

Por ello, aunque no siempre los autores expliciten —tal como hiciera el propio José Luis— el concepto de cultura manejado, sus distintos textos gravitan en torno al buen uso analítico de dicho concepto y, por ello, cada uno revela a su modo algunas de las potencialidades de la antropología. A continuación hago referencia a algunos de los aspectos que convendría rescatar.

El cuestionamiento de los *dualismos* se ha vuelto un lugar común en la disciplina pero, junto a la ya clásica crítica de la radical separación entre naturaleza y cultura —especialmente presente en el campo del parentesco—, emergen otras. Así, Fernández relativiza la dicotomía real/ficticio al considerar que la ficción no separa imaginación y pragmática. Por su parte, Gondar se opone a aceptar la existencia de una brecha entre lo material y lo inmaterial, que considera un falseamiento de la realidad al considerar como cosas lo que en realidad constituyen relaciones. Luque llama la atención sobre otro tipo de dualismo a revisar que no es tanto una cuestión categorial como una errónea interpretación de la historia occidental, a saber, la presunta separación entre religión y política.

Sin duda, uno de los conceptos más recurridos y cuya utilidad depende mucho de la noción de cultura manejada es el de *identidad*. Igual que ocurre con el de cultura, un concepto de identidad entendido como recursos activados situacionalmente, como procesos de posicionamiento relacional frente a —o junto a— otros agentes sociales y/o como (re)creaciones elaboradas por los agentes sociales a través de sus prácticas sociales constituye una herramienta mucho más fructífera a la hora de comprender el juego identitario que la obsoleta idea de la identidad como una sustancia, un equipaje inmutable o una serie de atribuciones únicamente externas. De esto se sigue que la restitución de las condiciones de (re)producción de los procesos de identificación supone una labor imprescindible. Es desde esta perspectiva que cabe entender el análisis simbólico del enfrentamiento entre los bandos a propósito de la celebración del Corpus en el pueblo asturiano de Naves (Herrero), o la reflexión sobre la relación entre la fortaleza de la acción colectiva de los astilleros y su peculiar cultura del trabajo (Vega). Aunque también da pie a discurrir sobre las elaboraciones de identidades de ciertos sujetos o grupos sociales por parte de agentes sociales que se sitúan en posiciones de poder —y, así, de definir y, eventualmente, imponer tales identidades. Es el caso de la creación institucional de una identidad cultural articulada en torno a la dieta mediterránea (Álvarez); o la existencia de una construcción específica

del sujeto inmigrante a través de políticas lingüísticas educativas, las cuales, vistas desde este ángulo, dejan de verse como neutrales para aparecer como ideologías orientadas a una re-socialización del inmigrante (Franzé). Pero una de las áreas más pantanosas para el análisis de la identidad es la de los etnónimos, cuyo mayor peligro es reificarlos y caer en lo que Díaz denomina “la ficción de la identidad”; ante lo cual propone no sólo hacerse cargo del hecho de que las personas sean agentes de sus identificaciones y de que se trata de un proceso, sino que también ofrece una serie de recomendaciones morales y analíticas útiles para incrementar nuestra reflexividad en esta materia. Igualmente, Cantón se opone a la reificación de la categoría gitano y enfoca la nueva gitaneidad activada por congregaciones evangélicas gitanas desde una perspectiva etnopolítica vinculada a la patrimonialización cultural.

Esta última cuestión, la *patrimonialización*, merece ser también mencionada pero no desde el punto de vista de su tematización y elaboraciones teóricas específicas, sino porque se trata de un área en la cual los antropólogos pueden devenir actores sociales en el campo de juego al participar en la disputa por la legítima definición de lo cultural. Porque la cultura puede dejar de ser una herramienta teórica para pasar a ser un objeto en disputa. La participación del etnógrafo en el debate —o su contribución a crear el debate, si es que no lo hubiera— sobre lo que se considera cultura, sobre el propio proceso de patrimonialización como un acto metacultural, sobre la pertinencia o no de activar este tipo de procesos y sobre el impacto en o inclusión de los grupos sociales afectados puede resultar muy valiosa. Aunque tampoco se debe soslayar la responsabilidad de todo científico social de reflexionar sobre las categorías producidas y que en ocasiones son transferidas a la realidad social, tal como plantea Cantón.

Casi sobra indicar que, como derivadas de los aspectos recién señalados, resistir a las tentaciones de *reificación y naturalización* y la tendencia al reconocimiento de la *diversidad* sociocultural constituyen sendas disposiciones epistemológicas que permean las distintas contribuciones a *Saberes Culturales*.

En definitiva, este homenaje a José Luis García coincide con una puesta en valor de la disciplina antropológica. Y no en vano, dadas la fina labor de teorización categorial y la reflexión sobre la antropología realizada por José Luis. Pero si el título, *Saberes culturales*, ya sugiere la centralidad de la cultura, no obstante lo más destacable es no haberlo reducido a un ejercicio —reduccionista— culturalista. Porque aunque, como señalé, no siempre los autores explicitan el concepto de cultura manejado, sin embargo sí se reconoce una tendencia clara hacia una interpretación cultural que no autonomice la cultura con respecto a otras dimensiones —social, política, económica, ecológica...—, que entienda que sólo la comprensión de cómo interactúan las distintas dimensiones puede situar adecuadamente el objeto cultural. Es decir, que no caer en el reduccionismo culturalista depende de lo opaca o reflectante —con respecto a las demás dimensiones— que construyamos la noción de cultura. Pero, por muy flexible que la consideremos, no deja de constituir el objeto de estudio predilecto de la antropología, por lo que conviene no diluirla en una excesiva flexibilidad categorial si se quiere mantener el “sello de identidad” de la disciplina. No por capricho ni por un mero marcaje frente a otras ciencias sociales, sino porque de lo contrario se perdería una perspectiva muy potente para comprender muy distintos ámbitos del mundo social. *Saberes Culturales* nos brinda la oportunidad de apreciar ese modo peculiar que tiene la antropología de interrogarse sobre la realidad y nos invita a mirar con lentes antropológicas ámbitos de la vida muy dispares.